

ctónicos pasará a ser una divinidad ctónica y como tal reaparecerá en *Abaddón, el exterminador*. Simboliza a una diosa de la muerte y la salvación. Es una mensajera misteriosa que nos advierte de la necesidad de instaurar un nuevo orden que acabe con la civilización que bajo el signo de lo solar y masculino, produjo hombres a los que les «gustaría tomar café y un especial de mortadela» (p. 440) (7), después de meter el cuerpo destrozado de su víctima en una bolsa y arrojarlo al río.

LA MUJER EN «ABADDON, EL EXTERMINADOR»

En *Abaddón, el exterminador* se lleva a sus últimas consecuencias la utilización de recursos que apelan al inconsciente individual y colectivo. La mujer constituye un símbolo porque con ella se alude a realidades transracionales. Reaparecen intensificados los rasgos de esquividad e inaprehensibilidad, la asociación con los poderes ctónicos, la vinculación con las fuerzas numínicas, creadoras y con lo demoníaco. (También transitan por esta novela figuras secundarias que están despojadas de este simbolismo como, por ejemplo, Silvia Gentile o Beba.)

Hay una adolescente, Agustina Izaguirre, a la que se califica con el epíteto de enigmática, cuando todavía no se nos ha dicho casi nada de ella. Luego sabemos que ha mantenido un vínculo incestuoso con su hermano y que sus ojos son grisverdosos, como los de Alejandra, y como los de esa ambigua figura odiosa del mundo poblado de monstruos que acosan al autor. Hay una exteriorización de la mujer fantasmal que puebla el mundo interno del escritor. Esa mujer de ojos grisverdosos y mirada de nictálope. Como la Alejandra de *Sobre héroes y tumbas* desaparece varios meses. También es absolutista y cuando descubre la imposibilidad del Absoluto se prostituye. Es a la vez el pecado y el infierno tal como decía de la mujer Baudelaire, aforismo que Sábato cita reiteradamente en sus ensayos. En la novela se sugiere que Agustina ha entrevistado a Sábato con otra mujer: «Cuando despertó era casi de noche, y tenía apenas el tiempo para la cita con la mujer de La tenaza. Cuando la encontró, tuvo una alarmante impresión: en la oscuridad, entre los árboles de la calle Cramer, le pareció ver la fugitiva sombra de Agustina» (*).

(7) Sábato, Hernesto: *Abaddón, el exterminador*, Editorial Seix Barral, 1982, p. 440.

(*) No sabemos quién es la mujer; sólo conocemos su nombre, Nora: (...) «el cuerpo de S. se dirigió hacia la calle Cramer, donde se encontraría con Nora», p. 399.

En el encuentro posterior al suceso de la calle Cramer, el autor dice de la relación entre el Sábado personaje y Agustina: «Y cuando estuvieron juntos sintió el abismo que se había abierto entre los dos.»

ELLA SE CONVIRTIO EN UNA LLAMEANTE FURIA

y él sintió que el universo se resquebrajaba

sacudido por su furor y sus insultos

y no era sólo su carne que era desgarrada por sus garras, sino su conciencia

y allí quedó como un desecho de su propio espíritu

las torres derrumbadas

por el cataclismo

y calcinadas por las llamas.

Como las Erinias griegas o Furias romanas se ha convertido en una diosa de la venganza, vence a la razón pura que podría simbolizarse en las torres e instaura el dominio de las divinidades preolímpicas que se relacionan con lo irracional. El personaje femenino que encuentra en *La tenaza* está totalmente vinculado con lo demoníaco, lo sexual y la mujer devoradora. Se la iguala metafóricamente con una ciénaga fosforescente, con una sigilosa pantera negra, con una serpiente gato.

Un personaje que es un verdadero símbolo de una poderosa divinidad ctónica y que representa el lado femenino de la creación artística es María de la Soledad. Está envuelta en el misterio. Sabemos que el personaje Sábado la conoce cuando ambos son adolescentes. Aparece por primera vez su nombre en boca de R., ese alter ego diabólico y absolutista, ese desdoblamiento de Sábado que lo persigue y lo obliga a seguir indagando en el mundo de lo irracional. R. sería la parte del proceso creador que está conectada con el descenso al inconsciente, por eso lo conduce a esa Perséfone que es María de la Soledad. Ella representa a la madre de esa dolorosa creación artística que se caracteriza por la inmersión en las zonas ocultas del inconsciente y también por la aceptación de la soledad, de la separabilidad. El viaje hacia el conocimiento del sí mismo hay que realizarlo solo. La madurez creadora está ligada a la aceptación de la soledad, y paradójicamente para poder expresar los sueños de la comunidad el artista tiene que bucear en solitario dentro de sí mismo. María Soledad le recuerda su deber de escritor, como se lo recuerda la visión onírica que tiene de Alejandra. El debe seguir escribiendo y debe

rescatar la unidad perdida y reintegrar los aspectos irracionales que poéticamente pueden simbolizarse con las Furias, esas Furias que significan entre otras cosas el castigo por los crímenes cometidos y la necesidad de revalorizar los sentimientos y pasiones que tienen lugar en el corazón del hombre.

NORMA STURNIOLO

Bretón de los Herreros, 31
MADRID-3